

LUIS BONAFoux

“La víbora de Asnières”

EN la serie de operaciones de rescate en cadena a que estamos asistiendo, ¿le llegará su turno a Luis Bonafoux, escritor, hoy completamente olvidado, pero famosísimo periodista a comienzos de siglo, y aun antes, como cronista implacable de la vida social y política de su época? Al menos se le ha empezado a hacer justicia con la publicación del reciente libro de José Fernando Dicenta, **Luis Bonafoux, «la víbora de Asnières»** (1) primera y única biografía que tenemos de este curioso personaje. Ojalá no quede como intento aislado, y se le ocurra a algún editor la buena idea de publicar una selección de sus artículos más punzantes y corrosivos. Para el lector español de hoy, acostumbrado a la suave moderación de la crítica social, política y literaria, los textos críticos de Bonafoux constituirían una descomunal sorpresa. Como botón de muestra bastaría recordar su época de crítico teatral en un periódico madrileño, en que solía titular así su crónica de estrenos: «Los crímenes estrenados anoche». La tenía tomada con el pobre don Miguel Echegaray —el hermano de don José, nuestro controvertido Premio Nobel—, y solía poner verde a todas sus obras, y burlarse donosamente de sus versos —porque don Miguel componía algunos dramas en verso—, como esta pintoresca cuarteta que reproduce en una de sus crónicas:

—Buenos días, buenos días.
—¡Caballeros, caballeros!
—¿Y las tías? ¿Y las tías?
—Los sombreros. Los sombreros (2).

Aunque nacido en un pueblo de Puerto Rico, Guayama —de padre francés, comerciante en vinos, y madre venezolana—, donde transcurrió su infancia, Bonafoux se sentía más español que puertorriqueño, y más ciudadano del mundo que español. Sus experiencias hispánicas le dejaron mal sabor de boca, y acabó huyendo a París y a Londres. El mismo cuenta en sus recuerdos, que tituló *De mi vida y milagros*, cuando, siendo estudiante en Salamanca, se bajó los pantalones en plena calle porque unas señoritas se burlaban de ellos mientras le contemplaban desde un balcón. «Hubo gritos de veras —comenta Bonafoux—, exclamaciones de indignación, las señoritas del balcón huyeron despavoridas, un comerciante protestó, un cura gruñó contra mí no sé qué cosa, y

hasta un perro quiso mordirme» (3).

En Madrid, ya periodista activo, no le fue mejor. En las redacciones de los periódicos reinaban el hambre y la envidia: «la lucha por editar el libro y las bofetadas con el librero que lo toma a ocho reales la arroba. Si, el mundo de las letras es un infierno de tremendas injusticias y monstruosas infamias». Pero, además, después de haber vi-

vido en París, Bonafoux no podía soportar la suciedad y la miseria de Madrid. Todo en ella le parecía infecto y miserable. En un artículo aparecido en el semanario «Vida Nueva» (4), recogió Azorín los duros juicios de Bonafoux sobre la vida madrileña, tras un breve viaje

gan cinco duros por artículo; los duques fuman tabaco de a noventa. ¡Oh, qué España! Se viste astrosamente, suciamente, andrajosamente; se pasa el día en cafés apesetosos y hediondos; se duerme en un pasillo, en el comedor, en la cocina; se piden dos pesetas prestadas para comer... En Madrid se vive interinamente... ¿No nos parece estar oyendo a Larra? Bonafoux continúa: «En Madrid no hay arte, ni periodismo, ni ingenio. No hay más que una eterna, prolija, interminable discusión sobre Silvela, sobre Sagasta, sobre Gamazo. Y ¡qué pesadez! No se puede leer un artículo de un periodista español. Los franceses tienen el arte supremo de ser amenos, de hablar de las más graves cuestiones agradablemente. Poseen el arte de hacerse perdonar la erudición. Un español, para tener talento, ha de ser pesado, soporífero, tétrico; ha de ser persona seria. En España, Anatole France, que es el espíritu más exquisito de París, que equivale a decir de Europa, no sería persona seria. Este es el país de los catedráticos, de los directores generales, de los ministros, de los académicos. ¡Es académico Liniers, Villaverde, Silvela, el marqués de Pidal!... ¡No, de la prensa no hablamos! Eso es una enorme vergüenza. La de gran circulación (¡gran circulación, cien mil ejemplares!) es una mercancía; se defiende esta o la otra causa, porque esa es la opinión de la imbécil mayoría que paga los cinco céntimos. Se llama "proceso modelo" al proceso de Montjuich y se va al año siguiente a protestar de tal proceso en un meeting. Los redactores son lacayos: los que adulan al amo que da los quince o los veinte duros mensuales —¡cuando no los diez!—. Para cobrar un artículo en Madrid hay que levantar acta notarial. Pide el industrial el artículo, se manda el artículo, se examina el artículo, duerme el artículo un par de meses, por fin se publica el artículo (quitándole lo fuerte, naturalmente; lo fuerte es el ingenio), y luego va el autor tres, o cuatro, o cinco veces a ver al administrador, se dis-

cute el precio, se aplaza —¡todavía más!— el cobro... y por fin se cobra. Créame usted, mi estimado amigo; esto es abominable. Un país donde la juventud escribe artículos por un café, es un país perdido».

Están Azorín y Bonafoux en el andén, y de pronto se oye el silbato de la locomotora. Azorín grita: «¡Le silba a usted, Bonafoux, por haber venido a esta cloaca!». Y Bonafoux, desde la ventanilla del tren, «agitando el pañuelo y derramando lágrimas de arrepentimiento», grita también: «¡No lo haré más!».

Y en efecto, no volvió a pisar tierra española, aunque continuase colaborando incansablemente en los periódicos madrileños desde París y en sus últimos años desde Londres. Desde 1894 era corresponsal en París de «El Heraldo de Madrid», al que continuó fiel hasta su muerte. Sus crónicas, no sólo las que enviaba al «Heraldo», sino las que publicaba en los periódicos que él mismo fundó —como «La Campaña» y «El Heraldo de París»— le convirtieron en uno de los periodistas más cotizados y famosos de su época. Colaboraba también en la prensa de La Habana y en otros periódicos madrileños, como «El País» y «El Progreso». Toda esta actividad periodística exigió de él una acerada disciplina. Se instaló con su familia —se había casado con una española, Ricarda Valenciana, de la que tuvo cuatro hijos— en un pueblecito cercano a París, Asnières —de aquí el calificativo de «la víbora de Asnières», con que le obsequiaban sus enemigos—, y allí se encerraba para trabajar. Sólo iba a París para entregar sus artículos y crónicas o para ver a algún amigo o hacer una entrevista. Bajaba del tren en la estación de San Lázaro y acudía al bar Criterium, donde solía encontrarle su amigo Corpus Barga, que le ha evocado en más de un artículo desde le lejano Lima. Su figura física era inconfundible. Eduardo Zamacois le recuerda así en una página de su libro *Años de miseria y de risa*: «Apareció un caballero de mediana estatura, cenceño y nervioso. Llevaba un gabán azul con cuello de terciopelo y un sombrero de copa de ala plana. Aladares largos y negrísimo defendían las sienes, y sobre la nariz agullieña temblaban unos lentes de oro. Un bigotillo cortaba el rostro cobreño, extraordinariamente expresivo y delgado, terminado en un mentón agudo, de suprema aristocracia intelectual. Era Luis Bonafoux».

Las campañas feroces de Bonafoux, sus burlas y sarcasmos contra políticos y escritores, tiranos y aristócratas, le costaron procesos, persecuciones y calumnias. Defendía siempre a las víctimas de los gobernantes, a los rebeldes y a los anarquistas, y aunque se quedase

José Luis Cano

(3) La anécdota la contó también Bonafoux en un artículo que publicó en «Vida Nueva» (21-4-1900), dedicado a Azorín.

(4) Bonafoux en la estación. Lo reproduce íntegro en mi trabajo Azorín en «Vida Nueva», «Cuadernos Hispanoamericanos», octubre-noviembre 1968.



Las campañas feroces de Bonafoux, sus burlas y sarcasmos contra políticos y escritores, tiranos y aristócratas, le costaron procesos y calumnias.

(1) Editorial CVS, Madrid, 1974.

(2) Crónica incluida en su libro *Coba*, Madrid, 1889.



Como tantos otros rebeldes y heterodoxos, Bonafoux fue pronto olvidado.

solo, proclamaba la verdad a gritos, costase lo que costase. Cuando en 1898 fundó en París el semanario anarquista «La Campaña», las calumnias contra él acrecieron, y no faltó quien le acusara de estar vendido a la Embajada española. Bonafoux se defendió en su periódico con estas palabras: «Los que me conocen, los que me dispensan el honor de estrechar mi mano y frecuentar mi trato, saben de cierto que yo no he venido al mundo a ser órgano de ningún personaje; que vivo pobre, solitario en el campo, aislado de la sociedad, porque la sociedad me apesta. Soy un obrero. Como obrero vivo. Soy un escritor independiente, porque me da la gana. Por serlo he podido defender a los maltratados de Cuba, a los maltratados de Puerto Rico, a los maltratados de Filipinas, a los maltratados de Montjuich, a todos los perseguidos..., a todos los que sufren, a todos los que reclaman justicia, porque ese es el único consuelo de mi vida...». ¿Tuvo Bonafoux ideas anarquistas? En todo caso sería el suyo un anarquismo sui generis, no sometido a consignas alguna. Su amigo el anarquista italiano Enrique Malatesta decía de él: «Bonafoux no era anarquista, pero merecía serlo... Y lo merecía por el odio vivificado que sentía por las infamias, las ruindades, las

hipocresías que deshonraron no sólo a España, sino a todas las naciones contemporáneas. Lo merecía, además, por el amor que profesaba a los desheredados, a los perseguidos, a las víctimas todas». Como decir la verdad en España era peligroso, Bonafoux la decía en Francia, donde era también arriesgado, pero menos. En el prólogo a su libro *Huellas literarias*, en forma de carta-dedicatoria a otro de sus amigos, exiliado en París, don Nicolás Estévez, explica Bonafoux cuál es el motivo de las persecuciones de que fue objeto: «Rebuscando en las páginas de mis libros la causa de los motivos que me dispensaron alguna vez pueblos benéficos, de las persecuciones que no me han dejado vivir en paz, de todo el horror de injurias y calumnias que ha vomitado la prensa contra mí, deduzco que la verdad de mis libros tiene la culpa de todo. Pienso seguir diciéndola en lo sucesivo, porque el decirla es más fuerte que yo, aunque deseo librar-me de palos y pedradas. Un estacazo no es un argumento, pero noto con espanto que son muchas las gentes que quieren argumentarme en esa forma. Una estadística curiosa que he elaborado arroja los siguientes datos: Injurias que me han dirigido, 2.564.325; calumnias, 3.564.325; palos recibidos a través

del Atlántico, 613.508; bofetadas a igual distancia, 131.625. Total de horrores: 6.546.869». Ciertamente es que a veces se pasaba.

Es natural que Bonafoux se guardara muy bien de aparecer por Madrid, donde le hubieran esperado procesos y cárceles. Cuando Rubén Darío, del que era buen amigo, le escribió desde Madrid animándole a que dejase París y se reuniera con él en la capital de España, Bonafoux le contesta: «Querido amigo: Su carta del 1 llegó ayer 7, como si hubiera venido de Nueva York. ¡Bello país ése, con mar, con sol y sin correos! Cuanto a la libertad, que, según usted, tendría yo ahí, sí, la habrá para otros. En la tierra de Weyler y de Maura, mi casa es la cárcel pública. Malamente se está en París con frío, tiempo negro y chismorreos hispanoamericanos; pero peor se está en **chirona...**».

Pero tampoco iba a durar mucho en Francia. Cuando llega la primera guerra mundial, Bonafoux tiene problemas con la prensa chauvinista francesa, que le reprocha su independencia de criterio y su manera de burlarse de las sagradas tradiciones de la *Patrie*. Y a petición del Gobierno belga, Bonafoux es expulsado del territorio francés. ¿Motivo? Al parecer, una crónica enviada

a «El Heraldo» en la que hacía un chiste sobre las posaderas de la reina de los belgas con motivo de una fotografía de Su Majestad en las trincheras. Pero ése fue el pretexto. La verdad es que Bonafoux molestaba, pues aunque amaba a Francia, no amaba a sus políticos, y no estaba dispuesto a no seguir diciendo la verdad. En julio de 1915 llegaba Bonafoux a Londres, desde donde continuó enviando puntualmente sus crónicas a «El Heraldo de Madrid». Tres años después, el 28 de octubre de 1918, moría repentinamente en su domicilio londinense de King Street, y al día siguiente era enterrado en el cementerio de Kensal Green.

Como tantos otros rebeldes y heterodoxos —Blanco White es otro gran ejemplo—, Bonafoux fue pronto y voluntariamente olvidado, y los críticos e historiadores de la literatura española —a la que él se sentía orgulloso de pertenecer, viendo en Larra a su maestro— no han vuelto a ocuparse de su obra. Esperemos que el libro de José Fernando Dicenta sea el comienzo de la reivindicación de un escritor que era, según escribió «El Liberal» a raíz de su muerte, «el más personal, más ático, más sabia y completamente irónico de la literatura moderna castellana». ■



Luis Bonafoux, según una caricatura de Valle